

La comunicación humana como elemento de liderazgo para el diálogo intercultural

1. *La Persona como presupuesto de la comunicación humana*

Conócete a ti mismo, es la recomendación que se encuentra en la inscripción de Delfos,¹ que resulta fundamental para toda comunicación y que coloca a la filosofía como indispensable en la formación de todos aquellos que pretenden comprender la comunicación desde una perspectiva profunda, científica y universal. Y esto puesto que sólo con el conocimiento metafísico del mismo hombre, se cae en la cuenta de que la incomunicabilidad ontológica de la persona es la condición de toda relación y de toda comunicación. Desafortunadamente nos encontramos en un contexto en el que el racionalismo, el idealismo y el materialismo nos han heredado una visión del mundo totalmente distorsionada en la que parece que la teoría y la práctica se oponen. Por este error, las ciencias, técnicas y artes han perdido su contacto con la realidad objetiva en la que la mejor práctica es una buena teoría. El problema radica en que se ha pretendido comprender la comunicación, y en general la técnica y el arte, partiendo de la negación racionalista de la capacidad intelectual para conocer la realidad. En el presente estudio pretendo mostrar que el sujeto de toda comunicación, diseño, arte, técnica, etc., es la persona y de aquí que la propuesta para iniciar este discurso sea tomar como punto de partida la necesidad de una profundización metafísica de la persona para en un segundo momento, ubicar la comunicación como un aspecto del mismo hombre que tiene un papel fundamental en su desarrollo y cultivo, es decir, en la conformación de la cultura.

Como primer obstáculo nos enfrentamos con el problema de que en los cursos de formación sistemática de las áreas de comunicación, diseño, arquitectura y en general de las técnicas y artes, la metafísica no se considera en absoluto. Y dado que el hombre es un ser espiritual, racional; en el plano meramente natural y no sobrenatural, no tenemos otro recurso de conocimiento más profundo y universal que la metafísica como ciencia suprema de la filosofía. Lo anterior en virtud de que, gracias a su objeto, a saber, el ser en cuanto ser, no puede haber un conocimiento realmente profundo del hombre, y de su actividad científica y técnica sin un conocimiento del ser que ubique al hombre y la comunicación dentro de la escala de los entes. Sin metafísica no tendremos sino visiones parciales, reduccionistas y que por lo mismo nos conducen a errores graves en los ámbitos que abarcan las comunicaciones.

El hombre como artífice, debe respetar los límites del orden natural y puesto que las comunicaciones quedan dentro del ámbito de todos los entes y del ser, es necesario ubicarlas para determinar sus fines, sus límites y las leyes a las que éstas deben

1. Cfr. Jenofonte, *Memorabilia*, IV, 2, 24.

ajustarse si pretende contribuir al perfeccionamiento del hombre y del mundo que le rodea. En efecto, el grave problema de la comunicación radica en la deficiente formación metafísica y antropológica de los profesionistas de estas áreas que se insertan en el mundo de lo humano y que forman parte del todo. Sin la fundamentación filosófica no es posible sino una visión materialista y mecanicista de la comunicación como un simple proceso mediante el cual se trasmite una información. Pero esto constituye un grave error ya que la comunicación humana no puede reducirse a relaciones entre cosas ni mucho menos a saltos de señales eléctricas o electrónicas, como las que se verifican dentro de una computadora. De aquí que insista que el punto de partida deba ser una comprensión metafísica o filosófica de la persona humana como núcleo de toda acción comunicativa. La comunicación verbal, escrita, visual, etc., todas estas entran dentro del ámbito de lo humano y este a su vez queda inserto en el ámbito del ser y del mundo.

Si la comunicación se considera como algo aparte de su relación con el hombre, con el mundo y con Dios, no puede sino caerse en múltiples errores y actitudes que terminan por violar los derechos humanos y aun al mismo hombre. Las comunicaciones encuentran sus principios últimos en las ciencias, en la antropología filosófica, la ética y la poética y en última instancia, en la metafísica. La comunicación humana, como acto libre, debe ser responsable y está sujeto a una connotación ética. De modo que si queremos una auténtica comunicación al servicio del hombre, debemos empezar por comprender que la mejor práctica es una buena teoría ya que no hay nada peor que actuar sin pensar, o que actuar con pensamientos erróneos y superficiales. Ser provocativo, ser evocativo, ser gráfico, son atributos que no se obtienen sin una correcta conceptualización que esté ligada con la capacidad productiva que tenga como base la persona. Es necesaria una educación estética que permita un mayor rango de actividad perfeccionadora del hacer humano.

La comunicación, en su sentido más amplio, es lo puesto en común o la relación de todo tipo de realidades que van desde los impulsos eléctricos de una computadora hasta el DNA y RNA de una célula, o las relaciones trinitarias, pero la comunicación que aquí nos interesa es la comunicación humana que por la amplitud del ámbito de las comunicaciones exige una definición análoga, en parte igual y en parte distinta, y no unívoca entre las comunicaciones de Dios y de los demás entes del universo. La comunicación humana es, en parte igual y en parte diferente de la que se realiza, entre otros seres materiales o vivientes, o que el mismo hombre tiene con el mundo viviente, material y espiritual. Salta a la vista que la comunicación humana es superior a la del mundo infrahumano, mineral, vegetal, animal irracional, pero inferior a las comunicaciones de las personas divinas y angélicas aun cuando estas últimas queden dentro del ámbito no únicamente racional, sino que involucra la fe. Aún dentro de la comunicación humana, no todos los modos de comunicación poseen las mismas características y la misma jerarquía ontológica, algunas son más perfectas como el amor benevolente y la formación educativa o la generación. Otros son materiales como el lenguaje oral, escrito o gráfico, etc., pero entre todos estos modos hay algo en común que nos permite una definición analógica de comunicación. En efecto, casi todo se comunica, pero como dijimos antes, para comprender la comunicación humana es necesario comprender su fundamento que es la incomunicabilidad ontológica de la persona. Dado que el ser es anterior a toda relación y a toda comunicación, debemos partir de que las cosas y más aún, las personas se relacionan porque son. El sujeto de las relaciones y de las comunicaciones es el ser o los entes que se relacionan de modo que en el caso de la persona, debemos partir de su incomunicabilidad ontológica que consiste en su ser único e irreplicable al grado de que una persona nunca puede ser la

otra y a partir de esto determinar el ámbito de la persona en el que se lleva a cabo la comunicación.

Esto nos ayuda a poner de manifiesto la limitación de la visión materialista y mecanicista de la comunicación que parte del fenómeno emisor-receptor. De modo que si queremos avanzar en nuestro concepto de comunicación debemos ver que se trata no de una sustancia, sino de una relación, es decir, del accidente relación que en este caso consiste en una puesta en común de cualquier tipo de entes sustanciales, accidentales, espirituales, materiales, etc., pero que para efectos de este discurso, hay que delimitar a la trasmisión de perfecciones entre seres humanos con la finalidad de alcanzar el bien común. De aquí que la comunicación humana tenga una connotación técnica y moral. Mientras la sintaxis se avoca a la trasmisión de información, problemas de codificación, canales, capacidad, intensidad del sonido, redundancia, etc., la semántica se ocupa del significado y tiene que ver con el signo formal que es el concepto o representación mental de las cosas y con el signo convencional que son las palabras, letras, dibujos, etc., que expresan materialmente los contenidos de los conceptos que son una representación mental de la realidad.

De todo lo anterior se sigue que para entender la comunicación sea necesario entender al hombre, tener una base antropológica sustentada en una metafísica, en una ontología y una gnoseología que nos permitan comprender la comunicación humana. No se trata de que el comunicólogo sea filósofo sino de que tenga un conocimiento suficiente de las conclusiones filosóficas que afectan el ámbito de la comunicación para que pueda coadyuvar a que las comunicaciones cumplan su papel de contribuir al bien común y a la promoción de la cultura. Únicamente de este modo se podrá comprender que no es correcto o adecuado ningún proceso comunicativo que haya desplazado a la persona de su lugar fundamental. El fin de la comunicación y del bien común debe ser siempre la persona. De aquí que si no entendemos a la persona no podremos entender la comunicación humana.

Resulta necesario comprender que lo primero que se comunica es el ser; el ser participado que se participa dentro de los límites de una esencia y de una materia de modo que cada individuo participa de él de un modo único e irrepetible y que en el caso del hombre, le hace único, irrepetible, es decir, incomunicable ontológicamente, pero abierto a la comunicación en el ámbito accidental gracias a sus facultades especialmente a la inteligencia y a la voluntad libre. Como lo he dicho antes, un hombre no puede ser otro, pero si puede comunicar de algún modo su perfección a través de su capacidad operativa. De esto se sigue que, la comunicación en cualquiera de sus modos, se descubre como una actividad eminentemente responsable, es decir, de la que hay que responder ante una autoridad civil, pero, ante todo, moral o ética. Se trata de comunicar, en este caso, ideas o sentimientos que de algún modo influyen en el modo de pensar y de actuar de aquellos a quienes comunicamos. En suma, toda comunicación permite transmitir ciertas informaciones (perfecciones), que producen un impacto en las personas de distinto modo, provocando atracción, curiosidad, disgusto, etc., y por lo mismo produce un cambio de actitud o al menos una respuesta ante lo comunicado. De aquí que en cada acto de comunicación o en cada proyecto oral, escrito, gráfico, visual, artístico o técnico, generemos un lazo de unión con las demás personas.

De todo esto podemos concluir que los especialistas en comunicación y diseño requieren un conocimiento profundo del hombre en general y de aquellos a los que va dirigido su mensaje llámense compañeros de trabajo, clientes, familia que depende de su labor, las personas con las que comparten su vida y su obra. Sin estos presupuestos, las comunicaciones en general, la comunicación humana, únicamente lograrían

objetivos defectuosos y en algunos aspectos. Para lograr que nuestro acto comunicativo, o nuestra obra sea ética y eficaz, es decir, para que tenga plenitud de ser, debe tener un conocimiento de lo que es el hombre y su fin que es el bien común. De nada sirven actos y obras eficientes que logren su cometido, si éstas van en contra de la propia realización del hombre y de la realización del bien común, si promueven la degradación de la persona, si atentan contra su dignidad y sus derechos fundamentales.

De aquí que insista en que la actividad profesional de los comunicólogos implique una gran responsabilidad personal ya que sus trabajos van dirigidos a las personas, de modo que, podemos comunicar perfecciones y bienes o todo lo contrario promoviendo la alineación y la destrucción del mismo hombre. Todo acto comunicativo debe perfeccionar ya que, mediante su actividad, el hombre puede perfeccionarse y contribuir al perfeccionamiento de los demás, es decir, de todos aquellos a los que va dirigida su actividad comunicativa y productiva que se manifiesta en la cultura.

1.1. *La persona humana como compuesto hilemórfico:*²

Sin un adecuado concepto de filosofía que considere a la metafísica realista como punto de partida y base fundamental, resulta imposible llegar a una comprensión profunda de la persona humana en todas sus dimensiones. La misma metafísica aplicada a la antropología nos ayuda a comprender que los sistemas monistas, que reducen al hombre a un solo elemento ya sea su espíritu, ya sea su cuerpo, deben ser dejados de lado, y dado que la experiencia nos muestra que una antropología correcta debe ser dualista³ resulta imprescindible adentrarse en los terrenos del hilemorfismo. El hombre no puede ser reducido a un puro espíritu, pues la materia es evidente, pero la unidad y el orden de la materia resultan ininteligibles considerados desde el aspecto puramente material. Los campos atómicos, energéticos, las leyes químicas y físicas, las hormonas, la materia en sí misma no puede aceptarse como causa última de las operaciones humanas como el conocimiento del ser y del bien, de todos los universales, de la justicia, del amor, etc. Pretender explicar la producción de un concepto universal, un juicio o un razonamiento a partir de fenómenos físico-químicos, por la transmisión de impulsos eléctricos constituye en sí mismo, una falta grave de rigor científico pues como para mover hay que ser, resulta por demás, ingenuo, sostener que el efecto puede ser superior a la causa.⁴ Es preciso desvelar desde la causalidad, que exige que haya dependencia real en el ser del efecto, el principio de las operaciones y desde ellas el principio del sujeto humano.⁵ El pensamiento y la voluntad libre trascienden lo puramente material,⁶ de modo que el estudio del hombre ha de hacerse como el de cualquier ente material a partir de sus operaciones, intentar llegar al principio de las mismas y de estos principios al principio del sujeto humano.⁷

Es necesario entonces comprender la unidad en la diversidad de operaciones materiales y espirituales que realiza el hombre y que no puede quedar a salvo sin la

2. Cfr. Ocampo, Manuel. *Las dimensiones del hombre*. Ed. EDICEP, Valencia 2002. Cap. II

3. Cfr. García Alonso, Luz. *Ética o Filosofía Moral*. Ed. Diana, México 1986, p.60

4. Cfr. Gilson, E. *El tomismo*. Ed. EUNSA, Pamplona 1989, pp. 379-381.

5. Cfr. Lobato Abelardo. *El pensamiento de Santo Tomás de Aquino para el hombre de hoy*, Tomo II: El hombre y el misterio de Dios. Ed. EDICEP, Valencia, España 2001, p.37.

6. Cfr. De sensu et sens, lect. 1. pról. N.6, apud. Lobato, Abelardo. *El pensamiento de Santo Tomás de Aquino para el hombre de hoy*, Tomo II: *El hombre y el misterio de Dios* Ed. EDICEP, Valencia, España 2001, p.38

7. Cfr. Lobato, Abelardo. *El Pensamiento de Santo Tomás de Aquino para el hombre de hoy*. Tomo I. *El hombre en cuerpo y alma*. Ed. EDICEP, Valencia, España 1994, p.37.

comprensión del núcleo de la persona humana.⁸ Conocidas propuestas se han dado y se siguen dando a lo largo de la historia, unas exaltando la espiritualidad y otras la materialidad, algunas otras aceptando los dos principios sin poderlos conciliar salvaguardando la unidad y por lo mismo la dignidad personal. No hay otra propuesta mejor que la lograda a partir de la incorporación del pensamiento aristotélico por Santo Tomás de Aquino, imposible de ser comprendida a fondo sin el conocimiento necesario de la metafísica. El hombre es un compuesto de materia y forma, con la peculiaridad de que su forma es espiritual, es decir, que ejecuta operaciones sin la necesidad radical de órgano corporal. El alma considerada en su generalidad, es acto primero de un cuerpo organizado y capaz de ejercer las operaciones de un viviente, este acto únicamente puede ser conocido a partir de sus efectos: nutrición, crecimiento, reproducción, desplazamiento, conocimiento, apetitos, etc.⁹

Un cadáver, en sentido estricto no es un cuerpo porque es imposible comprender la unidad y organización de elementos bioquímicos sin un acto primero que tenga la perfección para justificar la unidad de operaciones de un ser vivo. Ese acto primero es el alma que como acto de ser, *esse*, justifica que el viviente pueda ejercer todos sus actos segundos, sus operaciones vegetativas, sensitivas y /o espirituales. Pero esta alma, siendo forma de una materia es la más humilde de las formas espirituales¹⁰ y en el hombre presenta signos de una eminente dignidad. Al realizar operaciones cognitivas en las que el cuerpo no tiene parte obrando por sí, demuestra tener las características de una substancia espiritual aunque incompleta sin el cuerpo. Siendo el intelecto una potencia o facultad del alma humana¹¹ esta se encuentra en potencia respecto a los inteligibles; esta pasividad es debida a su grado relativamente inferior en la jerarquía del ser. El intelecto humano ocupa el grado más bajo en el orden de los intelectos por lo que no solo es pasivo respecto a los inteligibles cuando los recibe, sino que está naturalmente desprovisto de ellos.¹² Ahora bien, en la medida en que el intelecto pasivo o posible está en potencia respecto a los inteligibles, resulta necesario que los inteligibles muevan al intelecto para que se produzca el conocimiento humano pero aplicando el principio de causalidad, como para mover hay que ser, es imposible que las formas inteligibles del mundo sensible sean causa del conocimiento humano, luego es necesario que de parte del cognoscente, que tiene la perfección de conocer, haya una potencia activa que haga pasar al acto lo que está en potencia; solo mediante la aceptación de un intelecto agente o activo podemos justificar el conocimiento universal humano.¹³

El alma humana es así un principio intelectual por participación en cuanto la inteligencia humana es limitada y alcanza la verdad por medio de un movimiento discursivo. El hombre conoce a partir del mundo sensible. Incluso las realidades actualmente inteligibles como los ángeles y Dios deben ser adquiridos por inferencia abstrayendo lo inteligible de lo material o de lo sensible.¹⁴ De aquí que el hombre sea el ser más perfecto del orden material y menos perfecto del orden espiritual. Es así como, a partir de sus operaciones, podemos inferir la espiritualidad humana que inmediatamente nos

8. Cfr. Lobato, Abelardo. *El pensamiento de Santo Tomás de Aquino para el hombre de hoy*, Tomo I: *El hombre y alma*. Ed. EDICEP, Valencia, España 2001, p.37.

9. Cfr. Aquino, Tomás de, *In II de Anima, lect. 2 y 3*, Ed. Pirota, n. 233, pp. 83-91.

10. Cfr. Idem, *S. Th., I, q. 75, a. 1, ad. resp.; C. G. II, 65*.

11. Cfr. Idem, *S. Th., I, q. 79, a. 1, ad. 3m; De Veritate 17, u, ad. resp.*

12. Cfr. Gilson, E. *op. cit.* p.379. Aquino, *Tomas de, S. Th., I, q. 79, a-3, ad. resp.; C. G. II, 59*.

13. Cfr. Aquino, Tomas de. *S. Th., I, q. 79, a. 3, ad. resp.* San Agustín, lo consideró una iluminación o participación del intelecto divino, lo cual no es contradictorio con esta postura.

14. Cfr. Idem. *In III de Anima, lect. 7*, Ed. Pirota, n. 676, p.226.

lleva a concluir que dada la perfección del alma como forma o acto, esta es la causa que justifica y explica la realización de este tipo de operaciones humanas.

El conocimiento humano parte de lo sensible y termina con la producción del concepto; los conceptos universales, los juicios y más aún los razonamientos nos conducen, además, a la necesidad de una facultad apetitiva superior que es la voluntad.¹⁵ Estas operaciones nos llevan a comprobar la espiritualidad del alma pues la espiritualidad no es otra cosa que esta capacidad real de conocer universalmente el ser transformándose en él, es decir, de algún modo ensancharse con él y la capacidad real de volcarse hacia él, de apetecerlo. En efecto, en tanto que la naturaleza del apetito está estrechamente ligada al grado de conocimiento del que deriva, si continuamos el análisis de las operaciones humanas llegaremos a la necesidad de aceptar primero las potencias apetitivas del hombre y después la naturaleza del sujeto personal humano.

Así pues, reconociendo que el intelecto humano, aún en su aspecto activo es un accidente del hombre, este debe recibir su acto de la forma o alma, y en última instancia del sujeto personal humano que participa de un modo más perfecto del acto de ser o *esse commune*, y es de este modo como a partir de las operaciones, es decir, desde la dimensión dinámica del hombre, podemos proceder al análisis de la naturaleza y dignidad de la persona humana. El hombre no es, pues, simplemente un alma que usa su cuerpo como el motor hace uso de lo que mueve, sino que existen operaciones del alma que le son comunes al cuerpo, como las sensaciones y las pasiones, de aquí que sea necesario admitir que la causa del movimiento es la unidad del alma y el cuerpo.¹⁶ Esta es la razón por la que ha resultado insuperable la propuesta aristotélica que sostiene como modo de unión entre el alma y el cuerpo, la unión sustancial en la que el principio intelectual es la forma del cuerpo pues nada pasa de la potencia al acto sino por el acto, y el alma, siendo forma o acto, es la que unifica, vivifica y actualiza al cuerpo. Por esto, el hombre no es ni el cuerpo humano ni el alma, sino el compuesto sustancial de cuerpo y alma considerada en su totalidad.¹⁷

Con todo lo anterior se demuestra que el acto de ser o el *esse* constituye al individuo concreto y realmente existente pudiendo éste subsistir individualmente como un ser único e irrepetible desde el momento en que el propio *esse* se encuentra de alguna manera implicado en el principio de individuación. ¿Qué decir ahora del sujeto personal humano?

Lo anterior nos lleva a concluir que el hombre es un ser subsistente en sí mismo, distinto del resto de las cosas, único, irrepetible e insustituible y por lo mismo incommunicable ontológicamente lo cual significa que un hombre no puede ser otro ni otra cosa que no sea él mismo. Persona significa una cierta naturaleza con un cierto modo de existir puesto que la naturaleza que la persona incluye en su significación es de todas las naturalezas la más digna, a saber, la naturaleza intelectual¹⁸ en virtud de que participa en un grado eminente del acto de ser, del *esse*. De aquí que la persona humana tenga la máxima dignidad en el ámbito de los seres corpóreos.

Para explicar la individualidad de la persona podemos pensar que una roca puede ser dividida en muchas y cada una de sus partes sigue siendo una roca, en el caso de algunos vegetales puede suceder lo mismo, y estos y los animales en la medida en que son más perfectos van adquiriendo una fuerte individualidad o incommunicabilidad,

15. Cfr. *Idem. De Veritate*, XXII, 4, ad. resp.

16. Cfr. Aquino, Tomas de, *C. G.*, II, 57.

17. Cfr. *Idem.*, *S. Th.*, I, q.75, a.4, ad. resp.

18. Cfr. Aquino, Tomás de. *3 sent.*, d.5, q.2, a.1., ad.2

pero el hombre aun cuando participa de la individuación biológica, es el único ser cuyo carácter espiritual le brinda la mayor de las individuaciones. Cada hombre es único e irrepetible y por lo mismo incomunicable ontológicamente, cada hombre, es el más individual de los seres corpóreos, pero al mismo tiempo, abierto en el plano metafísico accidental a la realidad, al otro, a la comunicación a través de sus facultades sobre todo de la inteligencia y la voluntad, con la realidad en la que existe y actúa y gracias a esta apertura hacia el otro y lo otro, a la comunidad, es posible que se desarrolle, es decir, que se perfeccione pues esta estructura del hombre le exige la comunicación con los demás para nacer, crecer y desarrollarse plenamente. Es en su convivencia y mediante su acción, que el ser humano se constata también abierto al prójimo y a Dios, pues se siente llamado a morir y a no morir; sabe de su limitación pero al mismo tiempo percibe una inquietud que lo lanza a la búsqueda de la verdad, a la insaciable necesidad del bien.¹⁹

Terreno y carnal, pero al mismo tiempo hecho para la trascendencia, incapaz de mantenerse siquiera en la existencia terrena, pero esperándolo todo. Este estado y la reflexión cuidadosa sobre su propio ser y su propia naturaleza introduce un nuevo componente en su vida que es la necesidad de la trascendencia. El hombre es un ciudadano de otro mundo que asume su ciudadanía en medio de este. La persona está abierta a la trascendencia que espera y anhela ansiosamente y que únicamente se satisface en la teología revelada, con el evangelio o buena nueva que es el único que colma sus expectativas y le presenta un humanismo auténtico.²⁰

Pero además, el ser humano decide racionalmente su acción y es capaz de elegir y tomar sus propias decisiones rebasando con esto los condicionamientos del tiempo y del espacio a los que la materialidad y el puro instinto animal no es capaz de sobrepasar. El hombre por sus actos humanos libres alcanza su perfección y su realización personal mediante el esfuerzo y los actos concretos. Por todo esto y porque esto se debe a que el hombre participa de un modo más perfecto del acto de ser, se concluye la dignidad o el valor de la persona humana, su trascendencia y su responsabilidad. El hombre descubre el orden natural o ley natural, y por tanto es sujeto de moralidad y por su libertad también es un ser histórico y capaz de generar cultura, es decir, contribuir a que todo llegue a su máxima perfección posible, capaz de humanizar al mundo. Por esto, la cultura debe entenderse como cultivo del hombre. Como todo aquello que hace al hombre alcanzar su propia perfección y la del mundo, por tanto, su destino. De aquí que no toda civilización sea cultura pues no todo lo que el hombre hace lo perfecciona y de aquí que mientras la cultura hace referencia siempre al cultivo del hombre, a lo que lo perfecciona, las civilizaciones pueden ser más o menos cultas, más o menos humanas pues en la cultura el parámetro de juicio no es la tecnología o la ciencia sino el verdadero cultivo del ser humano. Por estas razones la comunicación humana queda inserta dentro de lo humano y para que sea cultural debe siempre perfeccionar al hombre y requiere, por lo mismo, un conocimiento de la naturaleza humana. La comunicación y el intercambio de perfecciones es una de las actividades más buenas del ser humano. Pero como nadie da lo que no tiene hacen falta hombres cultos que sean capaces de comunicar perfecciones y contribuir al desarrollo de la cultura. Lo que se conoce como cultura no es, pues, sino las distintas manifestaciones geográficas e históricas de lo que cultiva o perfecciona al hombre y a su entorno. No puede haber diálogo intercultural si no se sabe qué es la cultura y no se puede saber qué es la cultura si se desconoce la naturaleza humana y aquello que la perfecciona.

19. Cfr. Juan Pablo II: *El redentor del hombre*. Ediciones Paulinas, México 1979. p.69.

20. Cfr. *Idem.*, p.33.

Hacen falta líderes culturales, auténticos humanistas que promuevan la cultura o humanismo auténtico; los idiomas, las obras técnicas y artísticas, etc. son manifestaciones de la cultura de los pueblos y por esto el que aprende una lengua o un idioma recibe la perfección de la cultura o en ocasiones de la anticultura cuando se trata de la transmisión de elementos degradantes y nocivos, que atentan contra la dignidad de la persona.

2. La esencia de la comunicación

La comunicación humana

Una vez expresada la necesidad de comprender la incomunicabilidad ontológica como fundamento de la dignidad personal y de toda actividad operativa incluyendo a la comunicación humana, nos adentraremos en el concepto de comunicación para después centrarnos en la comunicación que nos interesa que es la comunicación propiamente humana.

La palabra comunicación viene del latín *communicatio, communicationis*, que significa participación y se explicita en el verbo *communicare*: “hacer partícipe a otro de lo que uno tiene”. Pero esta es una definición nominal y genérica que se aplica a cualquier tipo de comunicación por lo que tendremos que especificarla para delimitarnos únicamente a la comunicación propiamente humana, ya que es muy distinto decir la luna comunica la luz que recibe del sol, a decir que Alberto comunica su preocupación; o que un insecto comunica una enfermedad. Es preciso buscar una diferencia específica para que la definición exprese todo y sólo lo que queremos definir, es decir, la comunicación propiamente humana.

Como primer paso es necesario ser conscientes de que la comunicación humana es un fenómeno complejo que adquiere múltiples formas y que sirve al hombre no solo para relacionarse sino también para conocerse y cultivarse. Los elementos que forman parte de él son innumerables y van desde sus características más íntimas e individuales hasta las tecnologías en uso.²¹

Uno de los indicadores puede ser que la comunicación humana tiene la característica de ser reflexiva, es decir, el hombre no solo puede comunicarse, sino que puede ser consciente de su comunicación que además tiene una intencionalidad.²²

Por lo anterior podemos ya vislumbrar que la comunicación no es un proceso, pues la comunicación personal no puede limitarse a una visión materialista y mecanicista de la realidad y por ende de la comunicación. La visión mecanicista considera a la comunicación humana únicamente como proceso porque centra su atención en las herramientas y en el acto de la transmisión de datos. Es una definición que no expresa la esencia de la comunicación y mucho menos pone de manifiesto el aspecto central de la comunicación humana que es la persona. De esto se sigue que lo primero que debemos intentar es superar ese esquema “clásico” de comunicación que corresponde a una visión materialista, mecanicista.

Es preciso recordar que en este esquema materialista, existe un emisor, un mensaje, y un receptor. Desde luego resulta imposible aceptar un esquema unidireccional en el que el receptor únicamente escucha y permanece pasivo, pues en el caso del hombre, el conocimiento en general es una auténtica transformación intencional, es decir,

21. Cfr. Arturo Ortega Ibarra. *Diseño y Comunicación. Elementos teóricos para el curso*. México 1992, p.41.

22. Cfr. Salomón, G. *Communication and Education*. Sage Publications, Bebert y Idills, 1981.

inmaterial del sujeto en el objeto conocido, lo cual implica una necesaria actividad del que recibe la información. Pero ésta actividad no es puramente material.

En el mundo material y sensible los estímulos o informaciones pueden provocar una respuesta o retroalimentación unívoca como cuando una planta pliega sus hojas al disminuir la luz del sol (*feed-back*). Lo mismo sucede con distintos tipos de máquinas y artefactos que reaccionan a diferentes agentes que actúan o les comunican algo. En cambio, en el caso de la persona humana inteligente, libre y como vimos incomunicable ontológicamente desde el momento en que es única e irrepetible, la comunicación se da en el plano accidental, es decir, en el plano de sus operaciones, y desde el punto de vista metafísico debemos colocar a la comunicación como una relación que en el caso del hombre se da a diferencia de todos los tipos de relaciones, entre sus facultades propiamente humanas o espirituales que son el intelecto y la voluntad de modo que se trata de una relación como toda comunicación, pero en el caso del hombre se trata a la vez de un acto humano consciente, libre y por tanto responsable por el cual el sujeto se relaciona. De allí que tengamos que comprender que la comunicación humana se da, ante todo, entre formas, y, si nos referimos a una comunicación propiamente humana, se da de una manera intencional, inmaterial, ya que el intelecto humano, abierto al ser y a la verdad, es capaz de ensancharse con el objeto conocido, de transformarse en él intencionalmente mediante el concepto que no es sino la transformación que sufre el intelecto en la cosa conocida, o de otro modo, la representación mental o copia fiel de la cosa en el intelecto humano. Pero además, la comunicación humana no se queda allí, sino que el hombre es capaz de aportar algo al juzgar de aquello que conoce, si es verdadero, falso, bueno, malo, etc., y de razonar, es decir, discurrir inductivamente o deductivamente uniendo y separando juicios, comparando, etc., y aún sacando conclusiones nuevas a partir de lo conocido.²³ El hombre es capaz de expresar, de comunicar lo que es y lo que reconoce.

De todo lo anterior podemos concluir que los seres humanos que se comunican son mucho más que simples máquinas. El ser humano es un abismo inabarcable que siempre deja lugar al misterio. Y aunque en la comunicación humana existen mecanismos independientes y semejantes a los que se dan en todos los seres corpóreos: determinaciones de tipo físico, biológico, fisiológico, psicológico, cultural, el lenguaje, etc., a pesar de todo esto no existen comunicaciones humanas puramente mecánicas. Las acciones humanas van más allá de todos los condicionamientos y se ubican en un nivel más alto de relación, un nivel que no se limita a esquemas y procesos. De aquí que sea necesaria la profundización filosófica para llegar a las causas últimas, tomando en cuenta que la realidad nos rebasa por lo que siempre habrá más, pero, con el rigor científico que nos dará la certeza de ir alcanzando un conocimiento sólido y verdadero de esta realidad que es el hombre mismo.

El punto de partida ha de ser el comprender que en la base de la comunicación humana siempre hay un sujeto y un objeto, aún cuando el sujeto, que es el hombre mismo, pueda hacer las veces de sujeto y objeto a la vez pues mediante la reflexión el hombre puede comunicarse consigo mismo.

La persona humana que interviene en el acto de comunicación no alterna su función de emisor receptor sino que además de hablar y oír, escucha, piensa, discierne, selecciona, apetece... discurre intelectualmente y está sujeto a su inteligencia, su voluntad, sus pasiones, inmerso en condiciones físicas exteriores como el clima, la edad,

23. Cfr. García Alonso, Luz. *El hombre: su conocimiento y su libertad*. Ed. Porrúa, México 2002; Ocampo, Manuel. *Las dimensiones del hombre*. Ed. EDICEP. España 2002.

etc., ... y a condiciones interiores profesionales, culturales, psicológicas, pero sobre todo, morales. La comunicación humana es mucho más compleja que un paso de información y de codificación y tampoco se reduce al conocimiento, sino que interviene todas sus facultades.

El ser humano no reacciona únicamente a los actos de la comunicación. Por ser inteligente y libre es capaz de aportar algo incluso puede negarlo o mentir, etc. De aquí que el acto de comunicación humana sea ante todo un acto humano y por tanto moral y responsable. Dado que el hombre es capaz de actos humanos libres, es decir, de aquellos actos en los que interviene la inteligencia y la voluntad, la comunicación humana entra dentro de estos actos libres que hacen que la persona sea a su vez, sujeto de responsabilidad y de deber.²⁴

Y por su fuera poco, puesto que el hombre es un ser espiritual, racional, es decir, inteligente y libre, la comunicación no se limita al nivel del lenguaje –de los signos– sino que persigue más propiamente el del conocimiento universal que se halla abierto al ser y a la realidad en toda su amplitud de modo que rebasa la capacidad de representación lingüística o gráfica.

La comunicación humana está abierta al ser y a la trascendencia y su fin es el conocimiento, posesión y realización de la verdad en todos y cada uno de los hombres que es el bien común. La causa final de la comunicación no puede ser otra que la propia perfección, la verdad y el bien, inmanente o terreno y trascendente, el bien común. La comunicación no es un fin en sí misma sino que constituye un medio para alcanzar la propia perfección del hombre y de todos los hombres que es el bien común.

De todo lo anterior se sigue que la comunicación es fundamental para el perfeccionamiento del hombre y de las sociedades humanas. La base de la comunicación humana está en que es una relación entre personas, a base de actos humanos. No basta con que se implementen medios adecuados o avanzados. Los instrumentos técnicos no son suficientes para regir el comportamiento, los criterios, etc., que de dichos medios se deriva. La comunicación no puede reducirse a un problema de velocidad ni de tecnología o de informática o cibernética. Es una cuestión personal y de aquí que el comunicólogo debe ser, ante todo, un humanista ya que la tecnología, por sofisticada que sea, sin contenidos y sin pensadores filósofos y humanistas, sin ética o filosofía moral, lo único a que contribuye es al caos.

Y dado que la comunicación humana tiene un carácter personal, tampoco debe reducirse a mera persuasión, ni mucho menos a intentar lograr el sometimiento. Se trata de intentar una formación humana, para que lo que se comunique contribuya al perfeccionamiento del hombre y de todo lo que está a su servicio para que se produzca y promueva la cultura. De eso se sigue que no debemos confundir la comunicación con la información, lo cual consiste en un reduccionismo que no va de acuerdo con la verdad y el bien. Es necesaria la argumentación seria y responsable y que respete los principios fundamentales y la dignidad de las personas. La elección libre deberá ser únicamente sobre cuestiones contingentes, respetando el orden técnico y moral. Sobre cuestiones científicas no cabe la opinión en virtud de su carácter necesario. Es muy importante tener en cuenta que dada la naturaleza de nuestro intelecto, este debe ser muy selectivo. En nada contribuye al perfeccionamiento el estar al tanto de una serie de cosas que pueden ser falsas, erróneas, inútiles y aún nocivas para la persona. De modo que no es más sabio el que sabe mucho sino el que sabe lo que tiene que saber e ignora lo que tiene que ignorar.

24. Cfr. García Alonso, Luz. *Ética o filosofía moral*. Ed. Diana, México.

De todo esto podemos concluir que *la comunicación humana es una relación que consiste en el reconocimiento, en común, que realizan las personas humanas de la verdad y el bien, en virtud de su potencial operativo, es decir, de sus facultades, especialmente de las propiamente humanas o espirituales que son el intelecto y la voluntad y que le permiten relacionarse mediante actos humanos libres*. En esta definición queda claro que la comunicación humana es una relación en la que, gracias a las facultades espirituales, permite al hombre reconocer, por sí mismo y con los otros, la verdad y el bien que constituyen el fin de la relación. Por esta razón resulta una vez más imprescindible la profundización en la naturaleza del hombre y de la realidad que resulta imposible sin la metafísica. Para que la comunicación se realice se necesita el descubrimiento de la verdad que va mucho más allá de la mera información.

Una vez descubierta esta verdad, entra en juego la voluntad, el quererla o rechazarla, de modo que dicho acto de reconocimiento va seguido del afecto, con lo que se añade el elemento ético. El error culpable es el que comete aquel que está obligado a saber aquello en lo que está equivocado o el que juzga sobre aspectos que no le competen.

El hombre está obligado a saber todo aquello que le compete y a transmitirlo a aquellos a los que compete saberlo, de modo que la verdad es un límite de la comunicación ya que es necesario respetar la dignidad humana, profesional, el honor y la fama de las personas, etc. Es muy importante reconocer que no debemos decir todo a todos sino lo que compete saber a cada uno para su desarrollo y perfeccionamiento; es decir, para su propia realización y para el bien común. Ya había dicho que hay cosas degradantes o nocivas que es mejor ignorar a menos que haya que saberlas para evitarlas o cuidarnos de ellas, pero en este último caso, lo correcto será saber lo necesario para esto y no detenernos en ellas arriesgando nuestra integridad personal y moral.

En lo que se refiere al engaño o a la mentira, este nunca es lícito y bajo ninguna razón, la mentira que consiste afirmar como verdadero algo que es falso es algo destructivo que genera desconfianza y que si se promueve se convierte en un vicio difícil de controlar. La mentira es lo más opuesto a la comunicación porque produce exactamente el efecto contrario que es la incomunicación. La mentira nunca es lícita ni aún en el caso en el que no estemos obligados o, más aún, en el que no debamos decir la verdad. En este caso lo mejor será evadir la pregunta y señalar que no es conveniente decir las cosas en ese momento. Dado que en el hombre hay una intimidad natural, esta exige discreción puesto que no nos compete saber todo de todos. Es necesario conocer la verdad y obrar conforme a esta, a eso se le llama integridad y la integridad es un elemento fundamental de la comunicación y ésta sólo se logra si existe objetividad, es decir, aceptar que la realidad es la medida de nuestros conocimientos y pensamientos, independientemente de nuestros deseos, caprichos, opiniones, etc. Es necesario e indispensable ser fieles a la verdad y buscar siempre el bien del interlocutor conforme a la naturaleza o esencia. De aquí que la comunicación exija una formación tal que produzca un cambio de conducta y un perfeccionamiento en función de la verdad, es necesario desarrollar todas las virtudes.

El hombre debe actuar conforme a su naturaleza o terminará por destruirse, por frustrarse. De aquí que la expresión oral, escrita, visual, gráfica, etc., esté inserta en el ámbito técnico y en el moral, debe ser responsable del beneficio o el daño que pueda hacer con su obra artística, de aquí que deba tener una adecuada jerarquía de valores en la que los valores artísticos y estéticos y aun políticos y financieros, siempre estén ordenados a los valores morales. Resulta degradante el hacer cosas que deterioren a la persona, que la destruyan o que obstaculicen su crecimiento y su desarrollo, de aquí que no todo lo que hace el hombre sea cultural puesto que sólo lo es lo que cultiva al

hombre conforme a su esencia o naturaleza. Para que el diseñador, el comunicador, el artista o el técnico promueva la cultura, es necesario que tome en consideración los aspectos anteriores. No se trata de las intenciones ni de las consecuencias de lo que hacemos sino del orden objetivo de la naturaleza humana y de su dignidad que todos debemos respetar. El comunicador puede ser un auténtico promotor de la cultura. Humanizar el mundo en lugar de vaciarlo de ser y llenarlo de basura o de cosas degradantes y nocivas.

En suma, la persona es un núcleo de relaciones perfectivas, en las que la comunicación se inserta, inevitablemente, en el ámbito social. La justicia consistirá en que la persona humana alcance la perfección ontológica. De su ser ontológico resultan sus necesidades y de acuerdo a éstas sus derechos y deberes. La sociedad debe, pues, servir para que el hombre pueda, en ella, satisfacer sus necesidades tanto corporales como espirituales y así alcanzar la perfección humana que sólo es posible mediante la adquisición de virtudes.

Pero el hombre no sólo es un ser personal sino que por naturaleza también es social de modo que hay que considerar el aspecto social del hombre y como la causa final es la causa de las causas puesto que todo lo que se mueve lo hace por un fin, es imprescindible el análisis de la causa final de la sociedad que, es el bien común, es decir, la perfección de *todos* y cada uno de los individuos que consiste en lograr una vida virtuosa. La perfección humana es el bien común y se llama común por que consiste en la mayor perfección tanto del individuo como de la sociedad entera, de modo que no podemos hablar del bien común si sacrificamos la perfección de un solo individuo. El fin último del hombre, que es el bien común de toda sociedad, es el bien que corresponde a toda la naturaleza humana. Este bien se divide jerárquicamente en inmanente y trascendente de tal modo que el bien inmanente nunca debe oponerse o afectar el trascendente. El bien común es un todo integral que consiste en alcanzar diversas clases de bienes ordenados jerárquicamente: bienes externos como son los muebles e inmuebles, riquezas, propiedades; bienes del cuerpo como son la salud y la integridad de todos sus miembros; bienes del alma que son los bienes honestos como la ciencia y la virtud. Como vemos, estos bienes son útiles, deleitables y honestos y con estos bienes el hombre alcanza la vida virtuosa que le permite gozar de la felicidad. El bien común debe cumplirse en todos y cada uno de los individuos pero no de manera idéntica sino según la proporción que a cada uno le es debida y conveniente, y como la riqueza de la individualidad personal nos hace distintos, unos más y otros menos en diversos aspectos, en cada uno deberá realizarse, así se equipara el bien común con la justicia.²⁵

En lo que se refiere a la causa eficiente de la sociedad, esta no es un contrato o el arbitrio humano, como se ha pensado desde la modernidad, sino la propia naturaleza humana.²⁶ La inclinación del hombre a establecerse en una sociedad civil o comunidad política es natural pues sólo la sociedad tiene los medios para que éste alcance su felicidad en la virtud. La satisfacción de sus necesidades, la interacción amistosa, el amor, el afecto y las virtudes teóricas y prácticas se logran en la vida social. La propia naturaleza humana es la que nos impulsa a vivir en sociedad, por esa razón no me canso de repetir que es necesario conocer esta naturaleza a fondo.

Pero además de las causas eficiente y final que constituyen las causas extrínsecas de la sociedad, tenemos las causas intrínsecas, es decir, la causa material y formal. Mientras que la causa material es la multitud de seres humanos reunidos con el fin de

25. Cfr. Aquino, Tomás de, *S. Th.*, I- II, q.58, a.5, c.

26. Cfr. *Idem*, C. G., I-III, c.128.

alcanzar el bien común, la causa formal es un accidente, relación en el que la autoridad legítima acepta el papel fundamental en la organización y orden social. La autoridad confiere orden haciendo de éste un todo orgánico, cosa imposible sin la ley que marca, de modo natural, la dirección de la sociedad hacia el bien común. La autoridad, si es legítima, sugiere de modo jerárquico en distintos ámbitos siempre en función de la ley natural, es decir, conforme a la verdad y al bien. En cada uno de los grupos sociales que conforman el estado: empresas, universidades, organizaciones gubernamentales y no gubernamentales y en el ámbito internacional, debe respetarse la autoridad que, de modo natural, se da conforme a los papeles o roles que los individuos desempeñan. La autoridad y las autoridades deben facilitar que en el Estado se dé una unidad de orden jerárquico conforme al valor objetivo de cada papel y de cada rol, es decir, que todas se organicen en función del fin del hombre. Por esto, además de los conceptos teóricos, es fundamental que el gobierno este integrado por personas prudentes y justas, lo cual es imposible sin la educación que garantice la formación de estos líderes.²⁷ Esta es la base del auténtico liderazgo para el desarrollo de los pueblos.

Lo anterior resulta fundamental para comprender la importancia de la filosofía y a situar, una vez más, a la ética y a la poiética como imprescindibles para dirigir a una sociedad desde los principios del hacer y del obrar moral, es decir, de toda la actividad técnica y moral. Por otra parte, a propósito de la actividad humana, considero muy importante señalar que la filosofía nos permite saber que el actuar moral y técnico, es decir, transformador del hombre se da en la historia. La historicidad y la sociabilidad constituyen el modo con que el hombre realiza su acción práctica. El criterio será siempre la naturaleza humana descubierta por la recta razón y así como el orden terreno se subordina al eterno, así el orden de la eficacia, que busca el bienestar terreno de la humanidad, se subordina al orden moral cuyo fin es la felicidad eterna del hombre. Esto es muy importante porque cada una de estas dos ciencias, la ética y la poiética tienen un ámbito distinto pero ordenado uno al otro en el que hay que conjugar autonomía y dependencia de modo que una acción inmoral, aún cuando técnicamente sea bien realizada, nunca será eficaz ya que el objeto de la eficacia ha de ordenarse primordialmente al bienestar terreno de la humanidad y secundariamente a su felicidad eterna. Es necesario unir sin confundir lo moral y lo técnico.²⁸

Resulta muy claro ahora que todo esto es imposible sin una educación adecuada. Si queremos mejorar nuestra situación social, resulta indispensable superar la educación tecnócrata. Hacen falta líderes intelectuales y pensadores que sean auténticos promotores de la cultura. Un país sin filosofía, sin ciencias y sin humanidades difícilmente logrará la realización de los individuos que lo integran. La naturaleza humana y la misma historia demuestran que si no obramos en función del orden objetivo de nuestra naturaleza y de la naturaleza de cada grupo social en función del bien común no es posible la paz que resulta del orden social. El conocimiento y respeto de los principios morales, la solidaridad, la subsidiariedad, los valores y las virtudes intelectuales y morales logrados mediante una educación adecuada constituyen la base sin la cual es imposible el auténtico progreso de la humanidad.

De todo lo anterior se sigue que la comunicación humana debe ser plena y no reducida y causante de deshumanización. La comunicación humana es una comunicación personal que por tratarse del hombre tiene un carácter también social. Y a la

27. Cfr. Ocampo, Manuel. *Algunas consideraciones sobre los valores sociales y los derechos humanos*, UAS Estudios ocasionales III, 99, México, 1999.

28. Cfr. García Alonso, Luz. *Filosofía de la eficacia*, o.c.

comunicación personal y social se opone la comunicación masiva propia de la visión individualista liberal y colectivista marxista. En estos errores, las personas únicas e irrepetibles, son homogeneizadas y convertidas en una masa de consumidores sin conciencia ni elección.

La comunicación personal y social, moral y psicológica que un interlocutor puede usar con fines opuestos a la verdad y al bien aprovechándose de la ingenuidad, la falta de formación crítica, etc., que colocan al otro en una situación de desventaja.

La instrumentalización del otro corrompe la relación humana y la convierte en una relación táctica, en la que, análogamente a como lo hacen los aparatos, pero de manera más radical, las personas quedan colocados en ámbitos cualitativamente distintos, lo que los neomarxistas llaman relación del dominio. La influencia del modelo cientifista afecta, en su raíz, a la concepción y al desarrollo de la información en nuestro tiempo, y por tanto, al periodismo. El concepto de sociedad de la información es una derivación de las primeras ideas sobre el nacimiento de la sociedad postindustrial. W. Melody define la sociedad de la información como aquella que "ha llegado a depender de unas complejas redes electrónicas de información y comunicación y que asigna una parte principal de recursos a actividades de información y comunicación".²⁹

No hay que pensar que el término de "comunicación masiva" se define únicamente como una comunicación de muchos, porque el aspecto esencial de la masividad no es cuantitativo, sino cualitativo, y se encuentra en el hecho de que los sujetos masificados han sido desposeídos de su individualidad y de su personalidad. De hecho, es evidente que también la comunicación aparentemente personalizada puede operarse con la intención de manipular o de tratar a la persona como masa. La masa es un todo colectivo en la que a la persona no se le reconoce su dignidad. La manipulación consiste en tratar al otro como masa o parte de la masa cuyo fin es satisfacer los caprichos y los intereses egoístas de alguien. La masificación y la manipulación interactúan tratando a las personas como sujetos aislados en una especie de grupo (masa) que tiene como único fin hacer valer las aspiraciones de poder de unos cuantos. En la manipulación existe siempre responsabilidad por parte de los que manipulan y de los que consienten la manipulación.

La comunicación masiva obedece a la "lógica industrial" de corte liberal según la cual los productos de comunicación son emitidos para el mayor número de personas posible. Son mensajes que intentan ser para todos y que terminan por ser para nadie. Se despersonaliza la comunicación haciéndose en serie. El sujeto-receptor es disminuido y asimilado, es decir, existe unidireccionalidad; el envío del mensaje se realiza sin la posibilidad de una respuesta por el mismo canal, al mismo tiempo y, sobre todo, con la misma fuerza. La conversación propia de la comunicación personal queda eliminada y sustituida por una parodia en donde toda respuesta está sujeta al aparato jerárquico y organizativo de los medios o de las instancias de poder, del tipo que sean.

Los medios dan una continuidad ficticia a sus mensajes, no argumentan bien y no hacen referencia suficiente a la realidad, pierden la objetividad y la verdad y se instalan en el ámbito de la verosimilitud y como las personas dependen de los medios cada vez más, se inicia una espiral que nos aleja de la realidad y produce una despersonalización cuyo límite se encuentra en la libertad humana, de aquí la importancia de la formación de la persona para que sea capaz, mediante las virtudes intelectuales y

29. Cfr. Francisco José Serrano Oceja. *Ética de la comunicación y de la información*. Ed. Ariel. España 2002, p.40.

morales, actuar con libertad en relación a los medios. Gracias a la libertad y a la formación, la comunicación masiva con que se intenta hacer a una persona reaccionar de manera unívoca no puede determinarla a reaccionar de ese modo.

Una vez más la mediocridad en la educación, la falta de formación y la pereza son factores que aumentan la vulnerabilidad de la persona. La falta de formación y de sentido crítico nos hacen objetos de manipulación, impidiéndose así, la producción cultural. La falta de formación acerca de los valores y de lo que es la realidad nos impide comprender e interpretar los mensajes de los medios masivos. De aquí que sea urgente una formación en los principios y fundamentos de la realidad.

La incultura y las imperfecciones del hombre como la limitación de la inteligencia y el desorden en sus tendencias apetitivas son la causa de la manipulación y es de este modo como los medios aún siendo buenos y valiosos, son mal utilizados por personas sin educación y que los utilizan para satisfacer sus intereses egoístas de lucro y de poder. El problema es que actualmente la familia y la escuela son sustituidos por medios como la televisión que se constituyen como el principal educador que produce patrones para regir la propia existencia. De aquí la gran responsabilidad sobre los directivos de los medios que al usarla mal o al llenarlos de contenidos falsos, frívolos, y aún degradantes terminan por ir en contra de la propia persona humana provocando niveles masivos de deshumanización con sus consecuencias como podemos mencionar, entre otras, la violencia, las drogas, las faltas de respeto a la persona, etc., pudiendo ser los medios instrumentos de cultura, se vuelven anticulturales, engañando, tergiversando la escala de valores y falseando la realidad.

La comunicación masiva y deshumanizante debe ser sustituida por la comunicación de perfecciones en aras del bien común. La comunicación del bien común o la comunicación social³⁰ es aquella que confía en que los medios pueden y deben ser utilizados con responsabilidad, respetando la naturaleza y la dignidad de la persona y evitando a toda costa la homogeneización despersonalizante.

Los pueblos son bombardeados por la acción prolongada de contenidos publicitarios y propagandísticos para lograr mutaciones de la conducta social, sin embargo, aún en las situaciones más adversas el hombre conserva su libertad y su capacidad de elección, de aquí la importancia de la formación intelectual y volitiva del auténtico humanismo que libere al hombre de los mencionados intentos de manipulación. El acto ilícito no puede ser coaccionado de modo que hoy más que nunca urge una educación, una formación profunda, filosófica y humanística porque la Verdad es lo que nos hará libres.

Los medios de comunicación no exterminan nuestra libertad, no nos determinan, pero sí pueden faltarnos al respeto y poner en escena una escala de valores que sea contraria a la verdad y con esto irnos cambiando paulatinamente y siguiendo un proceso placentero hasta lograr que pensemos y actuemos conforme a lo que ellos nos presenten como bueno. Los medios intentan homogeneizarnos para manipularnos; la violencia y la pornografía se han convertido en grandes empresas generadoras de recursos económicos gracias a que explotan la sensibilidad y el egoísmo de los consumidores. El egoísmo erradica la solidaridad sustituyéndose el orden social por un desorden en el que la sociedad se encuentra disgregada por el egoísmo y el individualismo que promueven los poderes políticos y económicos y los sistemas de dominación que aprovechan este individualismo en el que desaparecen las sociedades intermedias,

30. Cfr. Encíclica *Communio et Progressio*, 1971.

para lograr sus intereses de lucro y dominación desde el momento en el que el individualismo, producto del inmanentismo, aísla a la persona de su vínculo con el mundo (la naturaleza) y con Dios proponiendo una "libertad" desmedida que nos deja desprotegidos ante esas intenciones de lucro.

La sociedad cosificada y masificada, burocrática y sin educación produce una especie de anarquía que impide el desarrollo en aras del bien común. Los medios contribuyen con la difusión de grandes cantidades de datos sobre toda clase de temas cuyo cúmulo de información se hace indiscernible. Si a esto aumentamos la mencionada falta de formación de criterio, esto produce que nos saturemos de cosas irrelevantes, redundantes y desinformativas convirtiéndonos además en mediadependientes ya que todo el mundo gira en torno a ellos. El contacto con los medios nos hace creer que conocemos e influimos en el mundo pero en realidad no nos comprometemos con nada, no nos esforzamos en nada, nuestros grupos se debilitan y quedamos aislados, nos contentamos con los sucedáneos de la realidad y nos volvemos incapaces de responder de nuestra propia vida y si a esto agregamos el hecho de que, con el objeto de que todo el mundo entienda los mensajes, las transmisiones tienen cada vez un nivel cultural más bajo en el que se limitan a dar gusto al público, *comics*, mesas redondas, temas triviales y frívolos en los que lo mejor es no llegar a nada para no implicar un compromiso. Es así como vivimos, sin esfuerzos por el ámbito de lo superficial, de las pasiones, las intrigas, la infidelidad, el erotismo, vendiendo basura ya que a fin de cuentas eso es lo que deja dinero. Los medios coartan el tiempo para la reflexión... se sustituye la cultura por la incultura en la que lo más valioso es lo instantáneo, las marcas, el consumo, el morbo... dejando a un lado los aspectos morales y religiosos porque estos pueden oponerse a los intereses de lucro. Lo cultural pasa a ser el espíritu de provisionalidad de los elementos de "cultura" que cambia cada segundo en aras de vender más. Las tradiciones y los elementos culturales son reducidos a meros sentimentalismos que hay que eliminar para continuar con la imposición de la provisionalidad permanente, en la que todo se permite, todo se tolera porque todo es cambiante, nada permanece, todo es opinable y subjetivo, cada uno construye su ideología a su medida y según sus propias experiencias. Cualquier actividad moral es aceptada, aborto, adulterios, uniones ilícitas, eutanasias, todo es aceptable si el individuo autónomo así lo desea... lo único que no cabe aquí es la verdad de una moral universal y realista que no puede aceptarse porque el permisivismo la considera alienante, arcaica y nociva.

De todo esto se sigue la importancia de que los medios se usen bien y provoquen todo lo contrario aprovechando las ventajas de los adelantos tecnológicos para fortalecer las propuestas de un mayor respeto por los derechos y la dignidad humana, la paz y la universalidad de la cultura gracias a la información instantánea, la lectura massmedial y a la ética de la comunicación y de la información. No es posible ubicar adecuadamente la comunicación y la comunicación humana si no la abordamos desde la metafísica, y más aún desde la teología. En el plano natural es necesario recurrir a la ontología y a la gnoseología pues en el fondo el problema de la comunicación es el problema del ser y de la verdad. Abordar el tema desde sus últimas causas y recurriendo a los recursos naturales y sobrenaturales es el camino que hará posible que los medios lleven la verdad y orienten al bien común para contribuir eficazmente al desarrollo de la cultura.

DR. MANUEL OCAMPO PONCE
Universidad Simón Bolívar (México)